

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA
II CONFERENCIA LATINO AMERICANA DE DIFUSION
CULTURAL Y EXTENSION UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
DIRECCION GENERAL DE DIFUSION CULTURAL
FEBRERO 20-26 / 1972

TEMA III

CREACION DE UN SISTEMA DE INTEGRACION CULTURAL
EN LA AMERICA LATINA

“Diez tesis sobre integración cultural de
América Latina a nivel universitario”

Ponente: ANGEL RAMA
(Uruguay)

En este tema se busca estudiar cuáles pueden ser las medidas y caminos inmediatos de cooperación e intercambio permanente y ágil para establecer un sistema universitario que tienda a la integración cultural de América Latina. Se analizarán los medios de orientar cada uno de los recursos hacia ese propósito.

Se buscará la participación de los diversos componentes de la comunidad universitaria y se estudiarán los medios de promover la información del medio social hacia la Universidad, así como la forma de constituir, dentro de la Unión de Universidades de América Latina, un mecanismo que coordine las tareas de difusión cultural y extensión universitaria en el ámbito latinoamericano.

Temario de la II Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria.

I N T R O D U C C I O N

Debe haber pocos asuntos en nuestro campo cultural tan urgentes y a la vez tan conflictivos, como el estudio teórico y la subsiguiente planificación práctica, de una integración de América Latina desde el ángulo de las organizaciones universitarias.

Sobre los viejos y ya seculares problemas del continente —los de su desintegración cultural a partir de las desintegraciones política y económica que acarreó su balcanización— se superponen los nuevos, derivados de las cada vez más difíciles relaciones de las Universidades con el medio social al que sirven, todo ello teniendo como trasfondo una remoción social que

si ha alcanzado a las instituciones educativas es por que previamente ya había afectado a la comunidad latinoamericana entera.

Pero ni unos ni otros descartan, sino que imponen, la consideración de un planteo integrador. Este no es novedad: reconoce una larga tradición intelectual que ha signado a la cultura hispanoamericana desde la independencia, manifestándose en el ámbito universitario de modo activo a partir de nuestro siglo dentro del movimiento reformista que por obra de los ascendentes sectores medios transformó a la Universidad positivista decimonónica. Uno de sus episodios claves, quizás el de mayor influencia continental, fue el de la reforma cordobesa. El principio de participación constante en la vida cultural de la sociedad es uno de los postulados que la Universidad latinoamericana presente recibió de aquel movimiento reformista, como el principio de integración cultural es consustancial de América Latina y rige como aspiración, a través de la voz de sus intelectuales, desde que ella existe.

La reiteración de tal aspiración, que por mucho tiempo perteneció al repertorio de ideales de los universitarios —en particular los estudiantes— padeciendo frecuentemente de la retórica de las celebraciones, pero ahora con una connotación urgente y a la vez con un afán de realización concreta, si por una parte comprueba que habríamos alcanzado el plano de la encarnación de algunas viejas ideas animadoras, por otra apunta a la instalación de las sociedades que la han generado en otro nivel de su evolución, disponiendo de mayores recursos y autoconfianza. Simultáneamente delata la agudización de los conflictos que acompañan a las transformaciones del cuerpo social.

Las proposiciones culturales tienen una vida e historia propias: sus coyunturas permiten leer los problemas que viven sus proponentes y, en la medida en que ellos sean lúcidos testimoniarios de su tiempo, los que rigen a la sociedad. Cuando reponemos un tema tan antiguo a nuestra consideración de hombres actuales, lo hacemos porque esta actualidad nos lo reclama, pero, como pasa siempre en la historia humana, ambiguamente: usando las mismas fórmulas para diversos significados, como si fueran concitadas las plurívocas posibilidades de la lengua para crear el bosque de los engaños. Por eso los deslindes son aquí obligatorios como también las consideraciones previas y la ubicación pormenorizada de las cuestiones.

El planteo de una integración cultural a nivel universitario resulta un anillo que enlaza varios haces problemáticos, los cuáles, lejos de haberse aproximado a una solución, se encuentran en el período de agudo debate de las propuestas enfrentadas. Esos haces podrían repartirse y ordenarse entre las dos zonas que un proyecto de esta índole vincula: la sociedad latinoamericana de un lado y las universidades latinoamericanas del otro. Mediante un plan de servicio cultural generalizado, la Universidad podría salvar, al menos parcialmente, su actual aislamiento del medio y su conflicto con los poderes, encontrando el derrotero de un cabal servicio a la comunidad.

Es de sobra sabido que tanto sociedad como Universidad se encuentran en un período de vivo cuestionamiento por los diversos órganos sociales y estamentarios que las integran y que si ya están en debate algunas fórmulas transformadoras, más lo está la general insatisfacción que causa su situación presente. En esta crisis se superpone una de tipo ecuménico, que sacude al mundo contemporáneo, con otra más específica que tiene que ver

con las realidades latinoamericanas, sus contradicciones tradicionales que se han agudizado, aunque ambas resultan en última instancia imbricadas. Desde su consolidado estado de dependencia, América Latina hace frente a la aceleración histórica que vive la sociedad tecnológica en sus centros universales, remitiéndola a épocas arcaicas que intensifican esa misma dependencia, y aunque las busca no ha encontrado las formas de su transformación liberadora.

Es imposible desconocer este cuestionamiento cuando se encara el tema de la integración cultural a nivel de los instrumentos y grupos universitarios latinoamericanos, porque de otro modo vaciaríamos a estas palabras de contenidos reales, manejuéndolas como eslabones de un discurso retórico. El problema comienza cuando nos preguntamos qué integración aspiramos a realizar, de qué cultura, entre cuáles grupos sociales, con qué instrumentos, en qué universidades, con qué organización y cuáles niveles de capacitación, al servicio de qué proyectos y con qué planes de futuro, reclamando la participación de qué sectores, manejando cuáles ideologías.

Probablemente hubiera sido fácil plantearse el tema en una época uniforme, de parejas o similares estructuras universitarias, correspondientes a niveladas sociedades enfrentadas a paralelas instancias de avance social. No es el caso actual ni en verdad lo fue nunca en América Latina donde todo plan generalizado no sólo debe tener en cuenta la conflictualidad que vive la organización social y por ende sus institutos educativos, sino también la variedad y multiplicidad de áreas culturales y las distancias, —que parecen eras geológicas—, entre los distintos agrupamientos humanos: porque tan latinoamericanos son los estudiantes de la Universidad Autónoma de México como los indios de los “ayllus” cuzqueños; los porteños de una ciudad euroamericana al sur del continente como los campesinos que ingresan en Cuba a la modernidad a través del socialismo; los jíbaros puertorriqueños sometidos a una civilización de comerciantes o las vastas comunidades analfabetas que siguen viviendo en el nordeste brasileño dentro de culturas de tradición oral.

La variedad es tan grande, los problemas aparentemente tan disímiles, las singularidades históricas tan marcadas, los conflictos tan exacerbados, que parecería de antemano imposible formular una concepción coherente que pudiera interpretar esto que no parece un continente sino una constelación en el instante en que emerge sobre el cosmos con todos sus fuegos. De hecho no nos proponemos sino una aproximación al tema que se acantona en la forma cortés y restringida de una “contribución”, ayudando a desbrozar una problemática que exige múltiples análisis y la concurrencia de estudiosos de variadas disciplinas en una tarea ininterrumpida, experimental, práctica, que vaya aprovechando de la incesante lección de los hechos para estructurar una doctrina.

Integración cultural

El principio de “integración cultural” data, decíamos, de la *desintegración* de la unidad colonial en el período de las guerras de independencia y se lo puede pensar como una respuesta justa a la fragmentación que se operaba dentro de la impuesta unidad colonial de que se partía: como rescate de la tradición formativa pero también expresión de los proyectos universales que

conlleva una revolución en su ciclo burgués. Al mismo tiempo testimonia dos operaciones paralelas y adversas: el fracaso de la cultura española dieciochesca para generar poderosos aglutinantes culturales que sobrevivieran a la ruptura administrativa y la acción positiva, disgregadora, de los imperios (Francia, Inglaterra) para acentuar la balcanización.

Esto ocurre en Hispanoamérica que es una de las dos mitades que componen América Latina. La otra parte es el Brasil que salva su unidad territorial evitando la fragmentación, con lo cual consigue una base más firme que Hispanoamérica para cumplir una integración cultural propia y echar las bases de una cultura nacional autónoma, cosa que alcanza más temprano que la parte hispanoparlante del continente. No empece la variedad de regiones y de subculturas que permiten trazar el mapa del Brasil, existe un religamiento y una interpretación global que han desarrollado sus élites intelectuales, manteniendo un contacto vivificante con las expresiones populares. La unidad lingüística dentro de una sola frontera ha favorecido la integración cultural, confundiéndola con una integración nacional. A modo de contraste y compensación, esto ha llevado al aislamiento respecto a la América Hispana: en lo referente al Brasil más que de integración con América Hispana deberemos hablar por un tiempo quizás largo de intercambios culturales, sin mengua de que puedan aplicarse al país las connotaciones generales que atribuimos aquí al proyecto de integración.

Otra es la situación de la tercera cultura latina de "Nuestra América", la que maneja la lengua francesa. Si por un lado, en tanto lengua de cultura, funcionó como el principal vehículo formativo del continente a lo largo de un siglo cumpliendo una indirecta tarea integradora, en los casos de aplicación concreta (Haití y las provincias francesas, Martinique, Guadeloupe, etc.) y quizás por actuar sobre aislados conglomerados sociales, los extrajo de la comunidad americana vinculándolos a los centros europeos. Esta vinculación dio paso posteriormente, en forma parcial, a una recuperación de las tradiciones culturales centroafricanas (la obra de Fanon, de Césaire, de Alexis, etc.) aunque desde un cierto enfoque francés (el concepto de Negritud) y sólo muy recientemente accedió por ese camino y por la influencia cubana, a una reintegración de tipo político-social revolucionario, en las sociedades latinoamericanas.

Visto que el concepto de integración tiene una primera acepción, que es la de "reintegración", recuperación de una unidad perdida, retorno revolucionario a la mancomunidad de que se fue arrojado, comprobamos inicialmente que ese sentido sólo cabe a la zona hispanoamericana, donde es algo más que un problema: es una nostalgia incesante, casi una enfermedad. Por eso las referencias centrales, aunque se hagan a nombre de América Latina, tocan primero a la situación de América Hispana, donde todo tiene una nota más urgida. En una segunda acepción el concepto de "integración" abarca la totalidad de las culturas "latinas" que sellan el continente, y en este sentido confluye a una futuridad, no a un pasado, a la consumación de un proyecto intelectual que busca la aglutinación de zonas afines por razones ideológicas, políticas, económicas, más que estrictamente culturales —en el sentido restringido del término— con lo cual se apunta a una instancia más lejana, a un ideal de lenta y progresiva encarnación en la historia. Es difícil pensar la eventualidad de esta "integración" futura sin que ella pase por una previa modificación radical de la estructura social y por los fermentos universalis-

tas que tal transformación revolucionaria conlleva, poniendo por encima de las habituales fuerzas localistas otras de signo contrario, que asocian solidariamente a los diversos pueblos hoy tan fieramente enclavados en los nacionalismos.

Uno

El principio de "integración cultural" ha admitido, a lo largo de los ciento cincuenta años largos de vida independiente, al menos tres momentos óptimos, recogiendo en cada uno distintas circunstancias de un proceso de avance interno de las sociedades hispanoamericanas, que lo era de ampliación de recursos y de democratización. Todos tres responden a las etapas de una afirmación de soberanía enfrentada y avivada por acción contraria, externa, intentando conculcarla, la cual acción se singularizó por ser siempre un intervencionismo de tipo imperial, aunque adoptando a lo largo de ese extenso período diversas formas que no cambiaron su esencia y propósitos pero que lo presentaron como directa ingerencia militar o como distorsión política o como coacción económica.

A la primera afirmación de integración, que se hace en el mismo momento de las guerras de independencia contra el imperio español y que tiene en Bolívar claro expositor, reivindicando una cultura incipientemente propia, acriollada, junto a un ideario de libertad política que unificaría a todos los pueblos del continente, sucede una segunda afirmación en el período de fines del siglo XIX en que América Latina es incorporada al sistema económico de las potencias europeas y en que Estados Unidos reitera el imperialismo agresor directo. Ese período se centra en torno a la fecha trágica de 1898 que aviva una conciencia de integración cultural de todos los hombres de "Nuestra América" a través del pensamiento de quien con mayor agudeza vio el futuro: José Martí. El propuso y urgió amorosamente a los hispanoamericanos para que aprendieran pronto a conocerse y a estrechar filas, al tiempo que desarrollaran sus riquezas para respaldar una cultura propia con una fuerza real y eficaz.

El tercer período corresponde a nuestra contemporaneidad y es una respuesta cada vez más extendida a las exacciones económicas de tipo imperial que sufre el continente, las cuales consolidan las desigualdades sociales y niegan acceso a la cultura a la mayoría de las poblaciones. Ello ha centuplicado la violencia de la respuesta que se manifiesta en múltiples zonas sólo en apariencia desligadas: económicas propiamente dichas, artístico-culturales, políticas y sociales. Múltiples índices de esa conducta pueden enumerarse: la afirmación de una soberanía que se extiende, por irrenunciables principios, a todas las riquezas del subsuelo y a los mares adyacentes; primeras tratativas de pactos económicos regionales (centroamericano, andino); la revaloración de un acervo cultural que adquiere esplendor en la obra de sus poetas y novelistas.

Dentro de este proceso coinciden en ocasiones sectores de una burguesía que pretende seguir siendo nacional e independiente (eso ha sido teorizado en México y más recientemente, con ímpetu de descubrimiento inicial, todavía no marchitado, en el Perú) con clases trabajadoras que reivindican sus derechos y que por su emergencia sobre el momento histórico subrayan los valores nacionales de la cultura hispanoamericana, lo que concurre a forta-

lecer la búsqueda intercomunicación del continente, paso previo indispensable de toda "integración cultural".

Si estas tres instancias esclarecidas a lo largo de ciento cincuenta años interpretan cabalmente el devenir de la sustancia latinoamericana, confirmando, por su reiteración, una imagen convincente de su intrahistoria, podremos concluir en la aceptación de una primera tesis sobre el punto:

1.—TODO PROYECTO DE INTEGRACION CULTURAL LATINOAMERICANA TENDRA SU CENTRO DE GRAVEDAD EN UNA CONCEPCION ANTI-IMPERIALISTA, QUE ES LA FORMA MILITANTE EN QUE LOS PUEBLOS DE LA REGION REIVINDICAN SU IDIOSINCRACIA.

Dos

La afirmación de la cultura nacional en un determinado momento de la evolución social configura la reivindicación de la herencia acumulada, tanto vale decir, un pasado donde se ha ido depositando, en formas, su creatividad. Pero tanto puede mostrar vitalidad, contribuyendo a nuevas elaboraciones a la luz del presente, como ser, tras el engañoso brillo de lo idiosincrático, una simple suma de materiales congelados, rastros de creaciones auténticas cuyo período de virtualidad se ha cancelado. Este caso de herencia cultural ineficaz, es el del costumbrismo superficial o de las expresiones convencionales del folklorismo, celosos guardianes de una tradición muerta. En general corresponde a todas las remanencias de una concepción conservadora, cuando no arcaizante de la cultura.

Por eso la reivindicación de la cultura regional latinoamericana, fundamentando su peculiaridad histórica, no es suficiente para interpretar las demandas de las sociedades del continente, aunque sí es cabal intérprete de uno de sus elementos que diríamos de base —la identidad— sin el cual sería muy difícil la coherente unificación de una sociedad para acometer empresas colectivas de envergadura. El principio de identidad rota sobre, al menos, dos ejes. Uno es este ya citado: la conservación de una herencia cultural en la medida en que ella sigue alimentando las apetencias de una comunidad, confiéndole así unificación por obra del religamiento a un pasado común y gracias a la permanencia activa de un "corpus" doctrinal, por impreciso o antiguo que sea. Otro eje es el que tiene que ver con la capacidad para generar proyectos sociales en respuesta a las *necesidades urgentes* que experimenta una cultura; la invención de tales proyectos, su difusión a los más y su puesta en práctica, movilizan las energías integradoras y redescubridoras de la identidad social de los miembros de una comunidad. Como es sabido, la identidad la establece el pasado y más fuertemente, el futuro en común.

Este capítulo, el de las necesidades urgentes, tiene hoy tanta o más fuerza sobre la conciencia de los hombres latinoamericanos que el representado por el bagaje cultural recibido, lo que explica que el destino de su cultura está casi siempre puesto en nuestros días sobre la órbita de la política. El fenómeno de la mostración de las condiciones de existencia de las zonas culturales más cercanas de Europa y Estados Unidos —para mayor irrisión parcialmente alcanzado gracias al sacrificio de un enorme tercer mundo colonial o neocolonizado— no ha hecho sino subrayar y hasta connotar éticamente la precariedad de recursos en que se mueven los casi trescientos millo-

nes de latinoamericanos. De ahí que la defensa de un patrimonio venga acompañada de la búsqueda, torpe pero beligerante, de los instrumentos, mecanismos y formas de la modernidad. Demasiadas veces, es verdad, se lo ha hecho como mero trasiego de sistemas, indiscriminadamente, lo que no ha hecho sino subrayar la urgencia con que se ha planteado esta incorporación a la estructura tecnológica del mundo desarrollado.

El concepto de modernización comienza por eludir a los sistemas económicos descubiertos por la sociedad burguesa europea, merced a los cuales ella alcanzó su sabido predominio universal. Sobre ellos se asienta y desarrolla una cultura que ha sido objeto de severo cuestionamiento, por su carácter enajenante, desde diversos ángulos —político sociales, estrictamente sociológicos, religiosos— sin que tales críticas hayan elaborado una fórmula sustitutiva sino introducido correcciones —la propiedad de las fuerzas de producción, la inserción de una moral, la acentuación del finalismo religioso— a su funcionamiento, manteniendo por lo tanto las bases industriales y técnicas que la han hecho posible, hoy universalmente ensalzadas, quizás con excesiva confianza e imprudencia.

Esa cultura ha venido modelando a América Latina desde los orígenes y en cada nueva instancia de su desarrollo universal: ya en sus raíces expansivas renacentistas, ya en sus proposiciones burguesas revolucionarias, ya en su expansión económica imperial, ya en las teorías y aplicaciones del socialismo científico. A este ingrediente, que llamaríamos de cultura adquirida pero suficientemente integrada como para considerarlo definidor de América Latina y que corresponde a su temprana incorporación a la modernidad, pueden sumarse otros que no hacen sino subrayar la intensidad con que se ha insertado por este cauce: el apagamiento de las culturas indígenas cuando no su destrucción, así como el debilitamiento de las raíces africanas de las colectividades negras, sustituidas por la cultura mestiza del continente: el éxito mundial de la tecnología que por haberse transformado en medio de dominación y de opresión cultural ha impuesto una réplica en su mismo terreno a los efectos de salvaguardar el elemento de identidad cultural mencionado; las posibilidades —miríficas en la imaginación mucho más que en la realidad— ofrecidas por esa misma tecnología para solucionar las carencias que padece la sociedad latinoamericana, viéndose en ella el instrumento que haga de las riquezas inexploradas del continente el futuro de mejoramiento colectivo soñado.

El afán de modernización ha devenido uno de los medios privilegiados de la integración puesto que en la hora actual transita a través de la formación de mercados económicos supranacionales (tanto de consumo como de producción armónicamente distribuida entre las partes pactantes en un primer paso hacia la integración económica) única manera de enfrentar las poderosas ligas de los países europeos y de los centros industriales del mundo contemporáneo. Por lo tanto se ha constituido en la primera aportación concreta a un proceso de integración latinoamericano al determinar los pactos regionales (centroamericano, andino, por excelencia) sin los cuales no es pensable una real integración cultural aunque ésta sea a la vez una palanca esencial de aquellos.

Sin embargo conviene subrayar la dualidad del comportamiento de estos mercados ampliados: los intereses económicos de las empresas o conglome-

rados extranjeros son los primeros en reclamar, para el cumplimiento de sus fines, las integraciones económicas zonales; a la vez ellas corresponden a los esfuerzos de los países que defienden la nacionalidad de sus inversiones (Perú) y por último, en forma más amplia, también responden a los propósitos expansivos de toda economía estatal o socializada. Este dilema interpretativo de un mismo fenómeno económico quizás puede ser resuelto por el proceso paralelo de una integración cultural que, en el campo de las ideologías y de los valores superiores, sepa optar por una de las soluciones. La adhesión al principio de modernización, entonces, no dejaría de comportar previas condiciones que precisarían mejor su alcance y significado.

Si simplemente enunciáramos las ventajas de la modernización nos limitaríamos a convalidar una situación ya existente, porque así han llamado los historiadores pudorosos a la incorporación de nuestra América en el XIX a la órbita imperial europea y norteamericana. Se trataría de la mera intensificación de una línea de comportamiento que, junto a notorios beneficios, nos ha dado la explotación económica y, culturalmente, la imitación pasiva de los productos extranjeros. Su prolongación invariable sólo puede proporcionarnos aproximaciones desvaídas, copias más o menos hábiles de las producciones intelectuales y artísticas, cuando no de las costumbres y efímeras modas de los centros industriales del mundo actual, pero no la cultura original que creemos posible, la que tampoco imaginamos en el acantonamiento defensivo provinciano.

Cabe precisar que los peligros de enajenación y mimetismo señalados no corresponden a la evolución modernizadora de una cultura, sino al canal y la actitud por el cual se produce. Si es el del régimen de dependencia, la cultura se ofrecerá como expresión de una directa, unilateral penetración extranjera, como un sistema de adecuación a métodos y valores impuestos, como una contribución a su mecánica expoliadora y en cualquier caso resultará un ornato, o sea un añadido superpuesto a una comunidad y no la emanación de su vida y pasión auténticas.

Tal no ha sido la función modernizadora en las culturas de los países europeos desarrollados, donde ha actuado sobre el trasfondo y la herencia de los valores nacionales o regionales, confiriéndoles nuevas expresiones que siguieron siendo auténticas, como antes, manifestando una particular inflexión de las sociedades que encauzan. Incluso han proporcionado las necesarias correcciones a los errores de base de la modernización, tratando de evitar las distorsiones que sus formas decimonónicas acarrearón a los valores consolidados por la sociedad. Diferentes son, pues, los efectos de un proceso de modernización cuando éste surge de los impulsos inventores y libres de una sociedad o cuando se manifiestan en sociedades dependientes; aquí funciona sólo superficialmente y desfigura la naturaleza propia.

Pero aun liberado de la sujeción externa, un proceso de modernización tiene implicaciones específicas, como la racionalización de las formas naturales y la homogenización de una sociedad dentro de regímenes normativos, que no dejarán de resultar muy agresivos en la zona latinoamericana. Al menos más de lo que pensamos ocurre hoy en la cultura de Europa o Estados Unidos; dado que en nuestra región, más que en las citadas, perviven numerosas formas culturales regionales, a veces enquistadas en términos provinciales y hasta parroquiales. La pérdida de cualquiera de ellas es un obvio empobrecimiento de la multiplicidad creadora de los seres humanos y la

padecerán dolorosamente sus miembros. La infausta polémica Cortázar-Arguedas de hace unos años no hacía sino tipificar la desconsolada percepción de esos valores originales que se perdían (en el texto de José María Arguedas) frente a una incorporación a las estructuras mentales racionalizadas que ya habían hecho un camino de un siglo de duración en el Buenos Aires Pans de Julio Cortázar.

Todo lo que pueda hacerse para salvar esa riqueza cultural, no sólo bajo la custodia del Museo o el amparo de las reservaciones, sino como elemento de la creatividad social, deberá intentarse y es posible —aunque no previsible— que América Latina llegue a ser capaz de salvaguardar algunos de esos centros culturales escondidos, visto que grandes países se han limitado a congelarlos bajo las especies de las repeticiones folklóricas. En todos los casos en que entran en conflicto con las aportaciones de la modernidad, serán éstas las que seguramente se impondrán desalojando las remanencias tradicionales y no será siempre una solución beneficiosa. Las situaciones que pueden verse en San Juan de Puerto Rico o en Caracas, donde se asiste a verdaderos arrasamientos culturales en beneficio de una mera civilización de consumo carente de otros valores que los derivados de las excitaciones comerciales, ilustran esta peligrosidad. Eso determina una estrecha vigilancia del concepto de modernización que se maneja, a los efectos de la integración cultural proyectada.

Tales peligros pueden conjugarse con un mayor respeto —sostenido por una constante campaña educativa— de las peculiaridades culturales de la región. Esta valoración sin embargo no será posible que logre imponerse en el seno de la sociedad si no se concita la aparición de principios filosóficos, morales y por ende sociales y políticos que sirvan a dignificar las aportaciones específicas de la zona. Cabría propagar una estructura mental de orgullo latinoamericano, sostenido por un conocimiento siempre renovado de sus aportaciones pasadas y presentes.

Estas consideraciones permiten estatuir una segunda tesis:

2.— LA CULTURA QUE SIRVA A LA INTEGRACION SERA LA QUE FOMENTE LA MODERNIZACION DE LA SOCIEDAD LATINOAMERICANA DENTRO DE ESTRUCTURAS LIBERADAS DE LA DEPENDENCIA EXTERNA Y QUE ATIENDAN A LA SINGULARIDAD DE LA HERENCIA RECIBIDA.

Tres.

El esfuerzo de modernización se ha transmitido en el pasado y seguramente seguirá transmitiéndose en el futuro mediante élites intelectuales, muchas veces de extracción universitaria, sobre todo en América Latina, las que una nomenclatura moderna ha llamado “vanguardias”. Son grupos ilustrados que establecen con el resto de la sociedad la imprescindible mediación para proyectos innovadores o para influencias extranjeras útiles. Ellos son quienes, para viabilizarlos, cumplen una tarea de adaptación que es forzosamente de nacionalización.

Esta función —esencial para la incorporación de las novedades, para amparar su crecimiento en periodos hostiles y lograr su implantación en la sociedad cubriendo así sus demandas que a veces son tan profundas como oscuras y poco evidentes para ella misma— es pasible de disturbios invali-

dantes, tal como se ha visto en ejemplos del pasado. En ocasiones el intento renovador actuó exclusivamente dentro de esas élites: se limitaron a reflejar las aportaciones de que los proveía el régimen de dependencia cultural, transmitiéndolas sin alteración a la sociedad y respaldándolas con su autoridad intelectual. Devinieron así meros enclaves de la colonización que no sólo no propiciaban la participación de las colectividades a las que pertenecían sino que ni siquiera eran capaces de una elaboración mínimamente propia de los mensajes recibidos. Esas élites miméticas fallaron en el cumplimiento de su misión pero, por lo mismo, también, en el abastecimiento de las necesidades de la comunidad que representaban, actuando como factorías. La típica ciudad-puerto crecida en el XIX puede ser una imagen persuasiva de tales élites.

No sólo ocurrió eso en el siglo pasado: el mimetismo sigue siendo la lepra del funcionamiento intelectual de las élites hispanoamericanas, suficientemente capaces para situarse en el nivel de los buenos centros extranjeros de su especialidad y dramáticamente inútiles para comprender la realidad circundante. Esta enajenación de los productores culturales se registra en las más diversas disciplinas: tanto en los repetidores de una civilización de consumo como en los de estereotipos revolucionarios, que ambos pretenden imponer sin atender a la idiosincracia y la circunstancia de la región, las tradiciones y formas de vida de sus hombres.

Los mayores estragos del mimetismo se producen justamente en los esfuerzos de modernización, ya sean artísticos como sociales, políticos como literarios, pues es en ellos donde los modelos extranjeros prestigiados por su buen funcionamiento en otros lugares son propuestos con más encarnizamiento a desmedro de la naturaleza del país y cultura (a desmedro incluso del análisis del punto que efectuaron en su distante polémica Sarmiento-Martí). Ambos, —modelo y realidad— concluyen marchando por rutas separadas, válidos los dos pero estériles, desde el momento que no llegan a juntarse debidamente. Cuando no se impone a la fuerza el modelo, distorsionando entonces la realidad, violentando el comportamiento de sus hombres, cosa que la historia americana ha recogido como sufrimiento y germen de interminables conflictos. Esa falta de respeto para la mayoría de los hombres de América Latina lo es de hecho para la historia, puesto que esa comunidad se ha nutrido de una acumulación de materiales que hoy llamamos tradicionales pero que fueron modernos en su momento, deviniendo lo que podríamos llamar el cuerpo histórico de la cultura del continente, el gran depósito del proceso de acriollamiento de la cultura europea y de elaboración de la autóctona o africana, depósito viviente, con capacidad operativa.

Por lo anterior se comprende que la regulación del funcionamiento de las élites (vanguardias) modernizadoras —y en ellas incluimos ingenieros de una industrialización acelerada, propagandistas del socialismo revolucionario, constructores de la nueva educación, avanzadas del planteamiento familiar y de la liberación de la mujer— resulta un tema de atenta consideración para evitar desequilibrios y distorsiones. Sólo su permanente vinculación al servicio de las necesidades de vastas zonas populares, pero vinculación real no meramente retórica, revertería en un proceso de avance más fértil y menos doloroso de la sociedad latinoamericana. Porque al mismo tiempo debemos comprender que sólo la participación de esos sectores populares, de ese que hemos llamado “cuerpo histórico de la cultura latinoamericana” en el proceso

de modernización es capaz de proporcionarle una fundamentación concreta, hacerlo permanente e incorporarlo a los usos de la comarca como un elemento constitutivo más.

La regulación del funcionamiento de las élites en relación a la totalidad social no puede reducirse a la respetuosa atención para los reclamos populares, habitualmente duplicada por la larga paciencia para acompañar sus progresos educativos, dado que no es ese el sistema eficiente de enseñanza, sino que debe consistir en una educación de la propia élite en la singularidad de la comunidad y en sus aportaciones constantes y debe ampliársela con el examen, a la luz de esa realidad, de las propuestas renovadoras que se pretende formular.

En definitiva la regulación consiste en adecuar el funcionamiento de ambas partes a un sistema de recíproca acción; hacerlas trabajar en equilibrio inestable de acuerdo a la pujanza y necesidad de cada una; establecer un régimen compensatorio que transforme el proceso íntegro en un esfuerzo común. No veo otro modo de obtener prueba corroborativa del valor de las aportaciones modernizadoras —su capacidad de acriollarse— y la seguridad de su acción transformadora, pero a la vez única manera de espantar ese mimetismo que labora como una polea loca en la soledad del gabinete de trabajo cancelando de ese modo los que podrían ser sus productos ilusorios, voluntaristas, cuando no mezquinamente interesados.

No quiere decir esto que deba buscarse el desarrollo de una cultura exclusivamente “popular”, lo que podría entenderse en un sentido idealista, romántico, y que nos llevaría a esa congelación del costumbrismo. Pero toda cultura en crecimiento debe recoger como parte válida de su repertorio significativa, las experiencias acumuladas en los sectores populares, integrándolas dentro del proceso modernizador, pues ésta es quien confiere su dinámica peculiar al avance social y fija su rumbo.

De ahí una tercera tesis sobre la integración:

3.— LA CULTURA INTEGRADORA FUNCIONARA AL SERVICIO DE TODA LA COMUNIDAD SOCIAL DETERMINANDO EL COMPORTAMIENTO DE LAS ELITES QUE RECOGERAN LAS APORTACIONES POPULARES REGIONALES DENTRO DEL CAUCE MODERNIZADOR.

Cuatro

Cuando un proyecto global como es el de integración cultural latinoamericana, desciende de ese plano teórico donde ha sido bocetado como ideal de un grupo social ilustrado al plano de las realizaciones prácticas, se enfrenta de inmediato a las correcciones que impone la realidad sobre toda proposición idealista. El proyecto integrador latinoamericano ha vivido no menos de ciento cincuenta años dentro de textos literarios, discursos de ceremonias, programas beligerantes, sostenido en ellos como una voluntad de futuro. Han sido muy escasas las experiencias de aplicación concreta que se han registrado a nivel universitario y menos aún las que siguieron otras vías organizativas. Me parecen las más desarrolladas las que corresponden al Consejo Superior Universitario Centro Americano y las del Consejo Interuniversitario Regional que agrupó a los países del cono sur: estos organismos aplicaron el sistema de cursos extracurriculares o de temporada, certámenes literarios, exposiciones artísticas, festivales de cine o teatro, dirigi-

dos tanto a la comunidad universitaria como al público general de las ciudades.

En esas experiencias se apunta la primera comprobación, que la unidad latinoamericana es más un proyecto que una realidad. No han pasado en vano sobre este gran cuerpo un milenio de distintas culturas indígenas, tres siglos de administración colonial, un siglo y medio de fragmentación independiente; por lo tanto, junto a la vocación unitaria que alienta en sus grandes hombres, debe reconocerse la existencia de áreas culturales independientes que agrupan en regiones a países o zonas de esos países. A esta comprobación se agrega que la eficacia de una acción cultural concreta depende de la utilización de vinculaciones pre-existentes, tanto las tradiciones históricas, el lenguaje común, el conocimiento personal, como las vías de comunicación desarrolladas, los basamentos económicos cercanos, las relaciones comerciales establecidas.

Los proyectos integradores deberán partir del reconocimiento de que existen en el continente diversas áreas culturales y aun deberían comenzar por su estudio detallado. Sería de enorme utilidad como paso previo a todo plan de trabajo, acometer en forma documentada y sistemática —cosa que no se ha intentado— el diseño caracterológico de las áreas culturales, lo que al mismo tiempo facilitaría el cumplimiento de otras propuestas de integración en los campos de la economía, la salud, las comunicaciones, etc. Es bastante habitual en los análisis de América Latina pasar del reconocimiento de las patrias —cuando no de la afirmación de las naciones— al reconocimiento de esa unidad global del sector no sajón que se da como un hecho, con lo cual resultan escamoteados los agrupamientos regionales y por lo tanto despreciadas implícitamente sus poderosas fuerzas integradoras. Sin embargo es en ellas donde pueden encontrarse pacientes sostenedores de una circulación cultural interna que ha venido funcionando espontáneamente, aunque hasta el presente ha sido más aprovechada por los medios masivos de comunicación de las empresas privadas que por los organismos educativos. En ese aspecto es revelador el funcionamiento de los centros de producción de revistas de historietas (Buenos Aires y México) y sobre todo los diversos centros de fabricación de series televisivas (Buenos Aires, Perú, San Pablo, Caracas, México); en ambos casos y sobre todo en el segundo se trata de regionalizaciones impuestas por la lengua (idioma, léxico, entonación).

Un estudio de las áreas culturales latinoamericanas podrá descubrir algo más: lo endeble de ciertas compartimentaciones fronterizas, arbitrariamente iniciadas y luego consolidadas a lo largo de un período que no ha sido suficientemente extenso como para fragmentar enteramente zonas que mantienen fuertes lazos de comunidad. Se manejarán entonces diversos factores analíticos para detectar la formación de estos agrupamientos: los geográficos y climáticos servirán de base, los étnicos, históricos y económicos podrán determinar composiciones tradicionales, los derivados de la organización social y de los niveles educativos servirán para situar en la problemática actual. Pero muchos más podrían concitarse, incluyendo los que corresponden a la dieta y los que evidencian las costumbres y las formas de relación humana. El producto de estas investigaciones serían regiones afines pero no necesariamente homogéneas ni estrechamente vinculadas. Por razones políticas, históricas o económicas podremos comprobar enfrentamien-

tos y divisiones que sin embargo no alcanzan a quebrar una vinculación profunda.

Así, por ejemplo, me parece evidente que las tres islas españolas del Caribe muestran rasgos afines y que aun por encima de tal afinidad podría estudiarse otra de tipo más general que haría del Caribe "un país" como ha afirmado apodóticamente un escritor pensando quizás que el trópico, la presencia negra, los cultivos (azúcar, banana, café), el régimen paternalista del hacendado, concluyen unificando la zona de mayor mestización del continente donde concurren no menos de cinco lenguas distintas. Tal comprobación no empece se trata de la zona latinoamericana más dividida y compartimentada que conozca América Latina, la que ha sufrido las mayores y más constantes ingerencias extranjeras y la que vive en forma cercana y directa conflictos políticos que han hecho fracasar todas las relaciones internas y desalentado todo planteo integrador.

Así, por ejemplo, me parece que podría detectarse una afinidad cultural profunda en el arco de ciudades europeizadas y pequeño burguesas del sur del continente, que unen Sao Paulo, Porto Alegre, Montevideo, Buenos Aires, Rosario, Santiago de Chile, las cuales se superponen a cuatro países, a dos lenguas diferentes y a diversas soluciones políticas, por lo cual la afirmación y desarrollo de la integración cultural del área ha estado constantemente frenada: sólo se le ha considerado parcialmente a través de la acción del Consejo Interuniversitario Regional que sin embargo nunca se planteó la posibilidad de asociar a las universidades brasileñas del sur del país, muy parecidas a las de Argentina.

Resulta en cambio más afín la reintegración de los países que otrora formaron al Tahuantinsuyo, debido a que modernamente se ha generado un pacto económico —el andino— que asocia a varios países cuyas regiones conforman esta área cultural. Un caso semejante representan los países centroamericanos, la zona de mayor voluntad integradora y donde las Universidades han cumplido un papel preponderante, aunque allí también las razones políticas y financieras han imposibilitado la incorporación de Panamá.

Los ejemplos citados —que deberían ser objeto de un estudio minucioso— sirven para comprobar: por un lado la existencia de las áreas culturales, por el otro las dificultades vigentes para su desarrollo integrador por los factores nacionales, políticos y económicos a veces, sin contar las ingerencias distorsionadoras extranjeras, que se oponen a la empresa. Esta contradicción podrá ser disminuida por una acción divulgativa intensa que tenga sus centros en las universidades, en beneficio de una integración regional concreta. Las universidades cuentan con algunos instrumentos (régimenes de becas, cursos de temporada, congresos o seminarios de estudio) que puestos al servicio del proyecto regional darían buenos resultados y contribuirían a disolver las oposiciones que anotamos.

Pero de cualquier modo, si conservamos una visión realista del punto, podremos concluir que en una primera etapa, el proyecto de integración a nivel regional estará condicionado por dos factores: habrá de plantearse como integración de países, con sus actuales fronteras, sin atender a las variaciones zonales internas que puedan existir entre algunas regiones de ellos; habrán de alcanzar su plenitud cuando esos países estén asociados por pactos de desarrollo económico que tiendan a unificar progresivamente sus infraestructuras.

Puede apuntarse que los pactos económicos regionales no sólo atienden al problema de una defensa contra la acción expoliadora externa, sino que conllevan una preocupación política: reparar la desigualdad de fuerzas dentro del continente, aglutinando a países afines en niveles similares de desarrollo para equilibrar la potencialidad, real o futura, de los países mayores, contribuyendo de este modo a un progreso más armónico del conjunto latinoamericano. De un punto de vista económico, la constitución de un mercado centroamericano y un mercado antillano, permitirían regular las relaciones con el mercado mexicano en un plano de mayor equivalencia, al mismo tiempo que el acuerdo de todo serviría a la defensa de la región contra cualquier acción intromisiva externa.

La conveniencia de este paso intermedio hacia la integración latinoamericana, que es el apoyo a las organizaciones regionales, se evidencia en el campo administrativo de un plan de integración cultural. La existencia de centros universitarios regionales permitiría el funcionamiento autónomo para los intereses de los países agrupados, atendiendo a sus demandas propias, y la reunión de representantes de esos centros dentro de una organización mayor, que podría ser la Unión de Universidades de América Latina, completaría la vinculación a los efectos de planificar la parte conjunta y general de los planes, aplicable sin distinción a todos los países latinos.

Estas apuntes concurren a nuestra cuarta tesis:

4.— LA INTEGRACION CULTURAL LATINOAMERICANA COMPORTARA EL DESARROLLO PREFERENCIAL DE LAS AREAS CULTURALES DEL CONTINENTE —ESTABLECIDAS AL MARGEN DE LAS LIMITACIONES VIGENTES— CONTRIBUYENDO A SU ELABORACION PROGRESIVA, INTERCOMUNICACION Y ENRIQUECIMIENTO.

Cinco

Para equilibrar toda afirmación localista, debe contraponérsele la opción de finalidad del esfuerzo cultural, precisando con entera claridad y destacando con vigor el derrotero que se proyecta seguir. Del mismo modo que —decíamos— la afirmación de la herencia cultural latinoamericana (tesis uno) no debía oscurecer ni dificultar la urgente tarea de modernización (tesis dos), del mismo modo la contribución concreta al desarrollo y perfeccionamiento de las áreas culturales a que nos hemos referido, no puede ni debe opacar el proyecto central y éste consiste —no lo olvidamos— en una integración totalizadora que abarque los diversos países y sociedades, sus culturas, sus energías creadoras.

Pero además, cuando se plantea un proyecto integrador, ya no se está hablando de reducidas élites educadas sino de voluminosos agrupamientos sociales y en definitiva de masas, las cuales se hallan prácticamente fuera del radio de la educación. Las poblaciones latinoamericanas están férreamente enclavadas en las estructuras locales de la cultura, tanto en costumbres como en pensamiento, y su vinculación con las áreas culturales a las que pertenecen es escasa o nula. Por lo mismo son para ellas inimaginables las perspectivas globales que aquí manejamos, puesto que han sido educadas en el concepto restricto de patria y en el localista que usufructúan, y América Latina se les presenta como un imaginario que para la mayoría ni siquiera tiene el contorno de un mapa conocido.

Si bien estas poblaciones no pueden ingresar a las formas más elaboradas de la cultura sino es a través de una integración en los enclaves regionales que les han de resultar afines —o sea menos hostiles y más gratificantes— no es menos verdad que, conjuntamente, ya debe pregonársele la finalidad que se busca, difundiendo entre ellas un ideario de integración que las sitúa en el plano finalista propuesto y eso a través de la mostración de contenidos concretos, asequibles, persuasivos, no sólo merced a las afirmaciones generales y retóricas de la unidad latinoamericana.

La labor educativa comarcal, la difusión de los valores regionales, el recuerdo de la historia conjunta, el cumplimiento de tareas culturales comunes, esas y otras manifestaciones prácticas de la integración local, concluirían concurriendo a la división más que a la unificación a que se aspira, o sea que terminarían siendo traicioneras del proyecto si no se acompañan de un ideario latinoamericano muy explícito, lo que podríamos llamar una doctrina que hiciera las veces de espina dorsal conceptual y cumpliera la buscada función religante de la comunidad latinoamericana.

Tal ideario no necesita ser inventado. Ha venido siendo desarrollado por las figuras claves del pensamiento latinoamericano, siendo el punto de convergencia de hombres tan distintos por otras razones como Bolívar, Bello, Martí, Vasconcelos, Rodó, Hostos, Mariátegui, Haya, Guevara, quienes a lo largo de los años transcurridos desde la independencia han contribuido a sedimentar una orgullosa conciencia latinoamericanista, confiriéndoles contenidos renovados de acuerdo a las circunstancias que vivieron. Esas aportaciones rectoras han sido traducidas o más bien aplicadas por los estudiosos a una tarea sistemática de análisis intelectual del continente. En las últimas décadas se ha presenciado una eclosión no conocida nunca de estudios económicos, sociológicos y políticos, tan nutridos y abarcadores como las contribuciones histórica, literaria o artística del mismo período, aunque no más eficaces que la triunfante poesía y novela de este mismo lapso, para hacer partícipes a los hombres del continente de esta doctrina afirmativa de su dignidad y grandeza.

Por razón de su secular dependencia, América Latina ha vivido en el amor a sus grandes hombres y la admiración de sus obras, y simultáneamente en la desconfianza acerca de su valor que, situado en un esquema universal (que de facto era exclusivamente europeo), se disolvía. Tal movimiento ambiguo e inseguro le ha costado a su sociedad ingentes sufrimientos e inestabilidades, porque esa vacilación no es buena, obviamente, para reunir a los hombres dispersos, ni puede persuadirse a las masas que se convoca a la cultura sin afirmar muy alto, categóricamente, con orgullo, los altos valores del arte, la literatura, el pensamiento de América Latina. No se trata de una fingida aseveración, sino de un auténtico convencimiento. Ese fue el que movió a héroes y pensadores en cientocincuenta años y sólo así ellos movieron a muchedumbres.

Si reuniéramos los textos claves de ese período secular, ellos revelarían una progresión en la afirmación y desarrollo del concepto de Latinoamérica, a través de diversas instancias donde se fraguó un variado diálogo con las culturas occidentales cercanas y un reconocimiento gradual de la autoctonía y del africanismo. Sería esa colección de textos una suerte de carta magna de la cultura latinoamericana.

Pero para llevar a cabo una educación acuciosa no es suficiente un reper-

torio de principios, por admirables y normativos que ellos sean, dado que se necesita una masa considerable de información latinoamericanista. Debería expresarse en obras concretas, verdaderos manuales de divulgación que enfoquen desde una perspectiva unificadora las diversas empresas culturales del continente hasta hoy, rehusándose a los planteos fragmentarios, nacionales o regionales. Una colección de manuales que correspondan a los temas de estudio en la enseñanza de cada país, de la primaria a la universitaria, recorriendo la historia, las letras, la lengua, el arte, la música, los héroes, los pueblos, las invenciones, las luchas sociales, la flora y la fauna, con un criterio latinoamericanista y no exclusivamente nacional o regional como ha sido hasta hoy la norma acostumbrada.

Es en esta zona donde los equipos universitarios pueden hacer una contribución enjundiosa que nadie puede suplantar, dado que cuentan con las disponibilidades intelectuales y los conocimientos requeridos y dado que ellos son los privilegiados testigos de las corrientes que mueven a América Latina. La Biblioteca divulgativa que se necesita para propiciar la integración en el nivel de base, o sea en la difusión popular y en las escuelas primarias; los manuales sobre artes, historias, ciencias, destinados a formar el pensamiento integrador de los niveles medios, o sea los estudios secundarios y los de complementación para adultos; las obras capitales sobre esos temas destinados a los niveles universitarios; todos los tres planos con su adecuada metodología y sus exigencias intelectuales, pueden ser cubiertos por los equipos universitarios. Aunque ha habido intentos, han sido individuales, esporádicos, sin continuidad, en buena parte porque han sido hijos de la iniciativa personal y no han sido orquestados por instituciones universitarias o por planes supranacionales que dispusieran de abundantes recursos económicos para propiciarlos.

Esa contribución intelectual fundamentadora de la integración cultural que no han sabido cumplir hasta el presente los universitarios, ha tenido en cambio acabada realización por parte de los narradores y antes de los poetas. Sus obras se han ido articulando entre sí para generar un lenguaje común del continente, más allá de las diferencias de estilos y orientaciones propias de las diversas áreas culturales a las que pertenecían. Cuando un escritor como García Márquez anota que entre todos sus colegas están escribiendo la novela de la América Latina, apunta a esa mancomunidad del esfuerzo creador y a ese objetivo claro que es de integración cultural.

Una función paralela debería cumplirse sistemáticamente en las Universidades, las que disponen ya de recursos como para financiar investigaciones, cursos, departamentos dedicados unitariamente a la cultura latinoamericana. Un plan coordinado para la fundación de un Instituto Latinoamericano en cada Universidad destinado al estudio interdisciplinario de Nuestra América y a la contribución a su mejor conocimiento bajo la forma de libros panorámicos e interpretativos, está al alcance de las decenas de universidades del continente.

Claro está que no se trata de propiciar una mera recopilación histórica, sumando aportaciones nacionales hasta lograr una suma aparentemente internacional. Todo análisis y examen de un pasado deberá hacerse desde la perspectiva del presente en que se habla y por lo mismo habrá de conjugarse con una afirmación programática del futuro, actuando como un finalismo orientador. Lo que se busca es el desarrollo de una auténtica doctrina lati-

noamericanista al servicio de los hombres actuales de América: obviamente ella no tendría ninguna posibilidad de ser aceptada por las mayorías si no incluyera como uno de sus capítulos centrales las reivindicaciones de los sectores deposedos, empezando por su indeclinable derecho a integrar el campo de la cultura y no permanecer en la marginación de la historia. Se trata por lo tanto de una doctrina revolucionaria, en el legítimo sentido de la palabra: pretende alterar una situación injusta existente, incorporar a los beneficios de la cultura a las clases sociales deposedas, afirmar la positividad y originalidad de la cultura latinoamericana confiriéndole el rango de clave de la historia y del destino de los pueblos.

Estos razonamientos sustentan una quinta tesis sobre integración cultural:

5.—LA INTEGRACION DEBERA APOYARSE SOBRE UNA DOCTRINA LATINOAMERICANISTA QUE REIVINDIQUE SU CULTURA COMO HISTORIA Y COMO DESTINO, DIVULGADA Y EXPLICADA MEDIANTE ESTUDIOS QUE TRADUZCAN UNIFICADAMENTE SUS MULTIPLES ASPECTOS.

Universidad latinoamericana.

El proyecto de integración vincula —decíamos— varios haces problemáticos pasibles de clasificarse entre las dos zonas que une: la cultura latinoamericana que debería ser objeto del esfuerzo de integración y las universidades latinoamericanas, encaradas como vehículos eficaces para contribuir a esa tarea, actuando sobre el medio social a partir de sus organismos de difusión y extensión.

Estas universidades no son más que un sector dentro del campo cultural latinoamericano y su importancia dentro de esa totalidad varía enormemente de uno a otro país, de uno a otro tiempo, variación que tiene que ver con el mayor o menor grado de complejidad de los canales de comunicación de las respectivas sociedades donde funcionan. Mientras que en países de rico desarrollo, que disponen de importantes recursos económicos y que han logrado avanzar en la construcción de una sociedad moderna, les disputan con éxito su primacía los sistemas de comunicación de masas —la industria de revistas y periódicos, los medios audiovisuales, los circuitos culturales urbanos que incluyen galerías, teatros, museos, centros de estudios, etc.— en países de menor grado de ramificación social, constituyen el foco primero de la cultura nacional e incluso tienden a absorber las tareas que de un punto de vista estricto se diría que no competen a ese tercer nivel privativo de la educación universitaria, como ser teatro, cine, ballet, artes plásticas. En estos países las universidades tienden a devenir ministerios de cultura, acumulando las actividades de esa especialidad que normalmente conduce el estado, salvo la educación de los niveles primario y secundario. A veces incorporan también la difusión masiva utilizando radios y canales de televisión propios, pero es esta una situación excepcional.

A las variaciones anotadas en el funcionamiento cultural de los diversos países del continente se agrega otra: hay universidades que conceden particular relieve a la extensión cultural en el medio, implantando para ese fin articulados programas de difusión a los que llegan a consagrar apreciables recursos y hay otras que prácticamente carecen de Departamentos de Extensión limitándose a la interna preparación de profesionales y a una mínima difusión que también se cumple intra muros para los equipos universitarios

exclusivamente. En estos casos es el estado y las empresas particulares las que cumplen tareas de culturización del medio en forma extensiva, reduciéndose la Universidad a una culturización intensiva dentro de especialidades educacionales.

Esas diferencias de funcionamiento hacen difícil la medición precisa de cuál sea la inserción de las universidades latinoamericanas en las necesidades culturales de sus sociedades, a lo que se agrega que dentro de los diversos tipos se producen súbitas alteraciones, causadas por las vicisitudes de su dependencia de los poderes políticos. Aquellas universidades carentes de plena autonomía de gobierno o que han visto ésta suspendida temporariamente, han restringido su actividad difusora en el medio. A veces por carecer de recursos, otras por enfrentarse a situaciones conflictivas con los sectores estudiantiles, también a causa de la filosofía que las rige en esos momentos y que conflige con los principios de una extensión educativa. Los conflictos de gobiernos y universidades han repercutido más intensamente sobre los servicios de difusión cultural que sobre la preparación de técnicos, tradicional de las escuelas y facultades.

En esta rápida caracterización de diversas conductas, están implicados los rasgos definidores de los servicios de extensión, su origen y los cometidos que les fueron asignados, la necesidad de ampliarlos que se hizo sentir y de superar los esquemas iniciales. Como es sabido, estos servicios son recientes en las universidades latinoamericanas; han aparecido en las últimas décadas respondiendo a un afán de corregir las visibles insuficiencias de sus institutos universitarios.

Por eso su primer objetivo fue la población universitaria, concretamente los estudiantes que, a pesar de las reformas de comienzos de siglo, siguieron apresados dentro de la compartimentación de especialidades generada por el modelo universitario positivista. Proveerlos de una visión cultural más variada y rica, compensando las estrecheces del exceso de especialización, fue el cometido central de estos servicios. Con lo cual no se hacía sino confesar el fracaso de una reforma educativa: no se había sabido encontrar una solución integral para situar al estudiante en el cauce central de la cultura situando dentro de ella también a su disciplina de especialización. En este sentido, y por ser una corrección a una concepción defectuosa, puede estimarse que el servicio cultural intrauniversitario de los Departamentos de Extensión debería ser temporero, hasta tanto no se someta la Universidad latinoamericana a esa profunda transformación que la adecúe a la época, a las necesidades de los pueblos del continente, a los sistemas modernos. No obstante su papel en una Universidad transformada seguirá siendo considerable porque entonces no sólo asegurará una "extensión" sino un servicio cultural orgánico para los diversos niveles educativos y las disciplinas diversas.

La creación de la "extensión universitaria" correspondió también a otra insuficiencia, pero ésta no interna, sino externa. El estrecho radio social que cubría la Universidad, limitándose prácticamente al adiestramiento técnico de los jóvenes de una clase social, la burguesía, en sus estratos alto y medio, e incorporando progresivamente dentro del proceso de democratización lenta del siglo a la baja burguesía, concluyó transformándola en un organismo elitista y clasista. Se manifestaba ausente de preocupación por ese resto de la sociedad, que era su inmensa mayoría, en una conducta parecida a la de los ministerios de cultura que construyeron auditorios musicales y suntuosos

teatros de ópera, invirtiendo ingentes sumas mas para mantener una cultura ornamental destinada a no más de tres mil personas que integraban las filas de la alta burguesía. Aquí la corrección se origina en la comprobación de lo aberrante de esta conducta del punto de vista de una filosofía política democrática, pero mayor peso en el cambio tuvo la creciente complejidad modernizadora que se registró en la sociedad y obligó a acentuar la preparación de sectores sociales marginados. Las formas indirectas de la cultura general resultaron muy eficaces para la preparación de las estructuras mentales adecuadas a las nuevas responsabilidades y prestaciones. Por ambos caminos se llegó a la ampliación de los servicios de difusión tratando de que cumplieran una misión en las poblaciones urbanas e incluso en algunos casos que atenderían a la educación general en los pueblos carentes de centros universitarios: los llamados cursos de temporada tipificaron esta orientación.

El funcionamiento de los departamentos de extensión dependió de la filosofía educativa que los animaba y a su vez ésta tuvo mucho que ver con las relaciones que las Universidades mantuvieron con los poderes políticos así como con la constitución de su gobierno interno. El abanico de tendencias es bastante amplio: a los ejemplos de difusión urbana de una cultura ornamental que reitera las formas clásicas de exposiciones, conferencias, cursillos, actos académicos, se oponen los de las universidades de más activa participación estudiantil y por lo tanto de mayor conflictualidad con los gobiernos, donde se acometió un esfuerzo de educación masiva de la comunidad dentro de moldes modernos, críticos siempre y a veces hasta insurreccionales, los cuales fueron precedidos de una nutrida serie de diagnósticos sociales que sirvieron para conocer la realidad social y para proporcionar armas de combate a los intentos de cambio.

Seis

Antes de considerar las formas y planes que debería montar la extensión universitaria para contribuir a la tarea de integración latinoamericana, recordamos que no es ella el único instrumento universitario propicio a esa finalidad, sino el más reciente, frecuentemente el más débil y desde luego uno que no ocupa posición central dentro de la actual estructura de la Universidad.

Es evidente que ésta no se ha planteado todavía, en la forma clara y coherente que corresponde a los equipos intelectuales que la integran, una intervención rectora en el esfuerzo de integración que otros organismos estatales o privados han venido desarrollando. En vez de actuar como su vanguardia viene trabajando tardíamente, arrastrada por las demandas que le plantea, ora la administración gubernamental, ora la dinámica acción de las empresas particulares. Esto podría conducirnos a una Universidad que se limita a solucionar técnicamente demandas de aquellos sectores sin llegar a proponer las directivas que entiende efectivas, —los planes centrales de una integración—, desde su punto de vista que será siempre más específico y movido por una independencia y responsabilidad cultural obviamente mayores.

A estos fines podríamos clasificar la tarea educativa de la Universidad en tres apartados según el objeto que persiga:

1.—preparación especializada de técnicos y confección de planes educativos de conformidad con las exigencias del crecimiento social.

2.—educación de la comunidad a través de una culturización general que la conforme e integre como cuerpo social unitario, capacitándola a más altos niveles.

3.—formación y orientación de los miembros de la Universidad, desarrollando una cosmovisión cultural abarcadora de sus campos especializados, los que resulten integrados en una filosofía interpretativa del hombre y su medio.

La primera corresponde a los lineamientos tradicionales que generaron las universidades decimonónicas y que han pervivido legítimamente bajo las reformas posteriores, por tratarse del primer servicio que se le reclama a la Universidad dentro de la vigente concepción burguesa —por lo demás heredada puntualmente por los regímenes socialistas— de fragmentación de la realidad en un conjunto de segmentos desglosados y cada vez más complejos que exigen tratamiento especializado mediante técnicos preparados a lo largo de años. Aunque el desarrollo de la tecnología descubierta a partir de esta fragmentación haya venido a cuestionarla, proponiendo reintegraciones, sigue siendo la norma generalizada mundialmente y rígidamente aplicada en nuestro continente, la de la compartimentación de estudios y preparación desconectada de los técnicos.

Las otras dos enunciadas no corresponden a estudios sistemáticos en una especialización sino a una educación de tipo general, abarcadora, en los valores de una cultura que sirva al destino de la sociedad; pueden distinguirse entre sí los dos apartados, por referirse el segundo a los hombres de extramuros universitarios o sea a la sociedad entera y el tercero a los de intramuros, es decir a estudiantes, profesores y administradores. Ambas educaciones, muchas veces sin distinguir los diferentes destinatarios, confundiéndolos por lo mismo en un solo plan, son de la incumbencia de los servicios de difusión y extensión y son objeto de esta planificación.

Pero aunque hayan sido ampliados sensiblemente en los últimos decenios, es aquella preparación de técnicos y aquella determinación de planes, la que centra la actividad universitaria y es por lo tanto en ese campo donde debe operarse la primera contribución a una integración cultural latinoamericana, que será sin duda la de mayor repercusión en el continente por la importancia de las instituciones que la abordarían.

El primer paso en esa dirección entendemos que sería el establecimiento de Universidades regionales, de estructura supranacional, destinadas a entender a los estudiantes de los países de un área cultural, complementariamente con las universidades nacionales ya existentes. Curiosamente puede comprobarse que la reunión de estudiantes de diversas nacionalidades se ha venido produciendo subterráneamente por la cada vez mayor movilidad regional del estudiante de América Latina, impulsado por la atracción de un centro más prestigioso, por la frecuencia de las clausuras o cierres temporarios de las casas de estudios, por las matrículas reducidas de sus institutos nacionales o por razones estrictamente económicas. Esto ha recargado las inversiones educativas de algunos países, compensando las menores de otros, habiéndose consolidado una primacía de un país o capital en desmedro de otros. Por último se ha causado la distorsión de la estructura universitaria general al resultar preferida una escuela, una facultad, en oposición a las restantes, haciendo que una Universidad gire en torno de una facultad de ingeniería o de una de medicina de manera arbitraria. O sea que habiéndose

regionalizado los estudios universitarios, por haberse producido de hecho, no se ha logrado el progreso que cabría esperar de un intento de tal naturaleza.

Las ventajas de la institución de centros universitarios regionales en las distintas áreas culturales del continente son múltiples. Bastarían algunas razonadas apuntaciones para evidenciarlo.

1.—La creación y mantenimiento de una Universidad, cubriendo sus exigencias de funcionamiento moderno y facilitando su desarrollo, significa una inversión de tal magnitud que dificultosamente podría enfrentarla un solo país, incluso de los poderosos, y en cambio resultaría más viable a través de una conjunción de esfuerzos a los que podrían dar respaldo por su carácter supranacional experimental los organismos culturales internacionales.

2.—El atraso en que se encuentran las estructuras de la inmensa mayoría de las universidades latinoamericanas, lo que las ha tornado ineficientes para todo proyecto de desarrollo acelerado, ha venido imponiendo una tarea de enmiendas y correcciones que han resultado bien dificultosas y desdichadamente poco eficaces para vencer rémoras establecidas por años de viejas costumbres y por intereses de cuerpos docentes anquilosados. La posibilidad de un avance decidido en la modernización de las universidades, transita por un proyecto de tipo regional que obliga a pensarla a partir de cero, que impone una concurrencia de los universitarios más lúcidos y el aprovechamiento de las mejores enseñanzas educativas del momento.

3.—Un organismo universitario que no depende de un solo país, sino que es sostenido por varios, deberá diseñar formas originales de gobierno donde quede ampliamente reconocido el derecho autonómico para regirse apelando a sus órdenes internos. Redundaría en beneficio de una experiencia básica de integración, dado que concurrirían profesores, administradores, técnicos y estudiantes de varias nacionalidades, quienes deberían encarar los estudios como una totalidad regional, válidos para los diversos países, procediendo ellos mismos a la, en sus comienzos, complicada obra de acomodación, comprensión, comunicación.

4.—Sólo la creación de universidades regionales latinoamericanas podría en este momento ofrecer un dique a la fuga de cerebros estableciendo una poderosa y repentina demanda de profesionales, proporcionando enclaves atractivos para la investigación, centros de laboratorio y estudio, lugares apropiados para la confección de proyectos de desarrollo regional y planificaciones —económicas, científicas, humanísticas— al servicio de los países del área.

5.—Desde el momento que sabemos, por las curvas de crecimiento de los asuntos mundiales, que las generaciones futuras deberán obligadamente trabajar con concepciones supranacionales en organismos que asocian diversos países, que deberán participar de estructuras internacionales fuertemente impuestas tanto en asuntos económicos como políticos y militares, es indispensable comenzar a formar las condiciones culturales que propicien ese comportamiento, proporcionando educaciones integradas, cosa que podría alcanzarse eficientemente a través de las Universidades regionales.

Dentro de ellas no sólo podría encararse el desarrollo modernizado de las diversas disciplinas y su conjunción en formas globales, sino que también podría llevarse a la práctica esa doctrina de integración cultural, necesaria para el cumplimiento de los planes concretos de difusión, articulando pro-

gramas de extensión a niveles regionales y ya no nacionales. Más útil que los mejor preparados proyectos, más real que las discusiones de congresos, sería el establecimiento de verdaderos laboratorios donde se diseñaran y aplicaran, bajo especies experimentales, nuevos planes de extensión cultural destinados a la integración latinoamericana.

Por lo anterior, la primera de las tesis referida al sector universitario, debe atender a la contribución mayor de la Universidad en el plan.

6.—LA CONTRIBUCION UNIVERSITARIA A LA INTEGRACION CULTURAL SE VERIA FAVORECIDA Y ACELERADA MEDIANTE LA CREACION DE UNIVERSIDADES REGIONALES DESDE DONDE SE PROPICIARAN PLANES CONCRETOS DE INTEGRACION, SE FORMARA A LAS NUEVAS GENERACIONES EN TAL ESPIRITU Y SE EJERCITARA LA DOCTRINA INTEGRADORA.

Siete.

Cuando se encara cualquier proyecto de difusión la pregunta inicial, que determina la sucesión de medidas prácticas que deben adoptarse, es la que apunta al objetivo final, a sus destinatarios: ¿para quiénes? Fijado ese punto es posible retroceder reconstruyendo los pasos y las formas concretas que deben utilizarse para alcanzarlo plenamente.

Ya vimos que puede hacerse una primero, grande clasificación de destinatarios, entre los miembros de la comunidad universitaria y el medio social externo. Si bien es habitual que los dos queden confundidos, ello es debido justamente a que no hay interrogación precisa sobre el ¿para quiénes? Y por lo tanto no se reconocen las necesidades culturales, notoriamente distintas, en ambos casos. A esto se agrega que la difusión cultural universitaria no es la única fuente de información para cualquiera de los sectores mencionados, por lo cual debe haber conciencia de que los esfuerzos divulgativos han de componerse con otros, lo que a su vez determinará la intensidad y la orientación que se les imprima.

El primer caso es el referido a la cultura del medio universitario, entendiéndolo dentro de ella tanto a los estudiantes —que forman el sector en el que habitualmente se piensa, a veces con exclusividad— como a los profesores y a los administradores de los distintos servicios, tan necesitados como aquellos de atención cultural persistente. Aquí juegan en forma complementaria dos elementos, los cuales determinan la dosificación de los planes de extensión para universitarios: si éstos, por una parte, deben atender a niveles normalmente más evolucionados que los del medio social generalizado externo, preocupándose de su concepción moderna y universalista del conocimiento, de sus hábitos de racionalización y esquematización de conformidad con las técnicas alfabéticas que utilizan, por otra deben compensar el aislamiento a que los somete su inserción en recintos universitarios provocándoles la pérdida de imágenes reales y concretas de la vida nacional, una apreciación sensible de las posibilidades de progreso verdaderas de la comunidad, de los valores que en ella se custodian aunque estén fuera de los órdenes intelectuales estrictos a que acostumbran, excluyentemente, los estudios universitarios.

En la dilemática de lo universal y lo regional, tantas veces concebida como un enfrentamiento disociante, es indispensable saber jugar las aporta-

ciones nacionales con mayor fuerza que las internacionales —cuando se trata de estos sectores universitarios— dado que aquellas son las preteridas y éstas las más frecuentemente utilizadas. O sea que no habrá difusión cultural en abstracto, sino aplicada a los casos concretos: tratándose de los universitarios se buscará que la difusión resulte una verdadera reguladora del conocimiento, trabajando sobre las diversas aportaciones que recibe el medio intra muros.

Una situación casi inversa se ofrece en la difusión externa. Aquí son los valores del universalismo modernizador los que parecen más necesitados de una acción divulgativa eficaz para que fecunden el trasfondo localista que normalmente abastece a las capas sociales menos educadas, ya sea por falta de contactos informativos, ya también porque se trata legítimamente de la modelación impuesta por la instalación en una tierra y una sociedad.

La difusión extra-muros encuentra una segunda dificultad para responder a la pregunta ¿para quiénes? Mientras que la comunidad universitaria se ofrece con cierta homogeneidad, salvándose en la práctica los matices diferentes que comporta, en cambio la estructura de la sociedad está determinada por los desniveles abruptos y la variedad de zonas culturales. Aquí, con más vigor, se debe hablar de una difusión cultural aplicada a casos concretos.

Desde el momento que la Universidad emprende la difusión extra muros no se limitará a ese tercer nivel educativo que le es específico, pues en ese caso hablaría a los egresados de sus aulas o a los pertenecientes al mismo rango, a todos los cuales puede incorporar en los planes de difusión intra-muros, sino justamente al resto confuso y mayoritario de los que carecen de educación.

No es fácil adaptarse a tan variados niveles ni disponer de los recursos intelectuales y las metodologías que se adecúan a sus exigencias, pero la primera imposición es justamente esa: adaptarse a los estratos culturales, atender sus demandas urgentes. Dicho así, pretenderíamos abarcar la totalidad social, lo que es muy plausible pero también utópico, si avaluamos las posibilidades económicas reales con que cuentan los servicios de extensión en las Universidades latinoamericanas. Aunque estos fueran reforzados considerablemente —y deberán serlo para que puedan contribuir a la política de integración preconizada— no podrían servir a todas las demandas de la sociedad, sin contar que ella dispone de otros instrumentos para atender aspectos de la divulgación cultural. Por ejemplo: es legítimo pensar que en situaciones de emergencia los universitarios tendrían que contribuir a la instrucción elemental enseñando hasta primeras letras; pero en situaciones normales, esto cae dentro del campo de trabajo de los organismos educativos de primer y segundo nivel, escuelas y liceos, a quienes cabe la alfabetización del país. Importa señalarlo porque no hay duda que una de las primeras tareas de los países latinoamericanos es la erradicación del analfabetismo, completando los esfuerzos ya realizados, pero no estamos considerando los estados de urgencia, necesariamente temporarios, sino el funcionamiento regular de un servicio de difusión.

Preferimos encararlo como un servicio que debe atender a los distintos sectores de la sociedad —rurales tanto como urbanos— ajustándose a sus demandas, según un orden de prioridades que no desatienda los enfoques de cultura general. Entre esas prioridades está la atención de los grupos que

se hallan marginados de la cultura —a veces incluso de la propia nacionalidad— y para los cuales es un aporte considerable el sólo conocimiento de sus derechos civiles. Esta ampliación social de los servicios culturales debe subrayarse porque ha sido desatendida mucho tiempo, sustituida por la exclusiva tarea para la burguesía urbana ilustrada. Esta ha recibido sobredosis de culturización, complementando su preparación por diversos institutos educativos del estado, en tanto el resto de la sociedad adolecía de total abandono cultural.

De ahí nuestra séptima tesis:

7.—LA DIFUSION CULTURAL EXTRAUNIVERSITARIA SE ADECUARA A LAS DEMANDAS DE LOS DISTINTOS NIVELES SOCIO-EDUCATIVOS, DE LAS ZONAS RURALES Y NO SOLO URBANAS, COORDINANDO CON LOS RESTANTES ORGANISMOS CULTURALES UN PLAN QUE CUBRA SUS CARENCIAS Y LOS INTEGRE A LA COMUNIDAD.

Ocho.

La misión que le conferimos, según la tesis anterior, se vería facilitada si se logran ajustar a ese objetivo los instrumentos de trabajo y, sobre todo, sus manipuladores. Si después de interrogarnos sobre el “¿para quién?” nos preguntamos acerca del “¿por quién?” habremos puesto la mirada hacia la estructura, las funciones y los ejercitantes de los organismos divulgativos de las universidades.

Han sido encarados, por lo común, como institutos administrativos, más que culturales, y en ocasiones servicios recreativos destinados al solaz de los estudiantes. De ahí que en algunos sitios hayan dependido de los Servicios Sociales o los Departamentos de Estudiantes, y no de los Rectorados, como es sin embargo la norma más recibida. Y que en otros se los haya combinado con comisiones paritarias de profesores y estudiantes.

Si nos parece correcta su implementación a nivel de Rectorados, dado que les atribuimos una función educativa superior para la Universidad y para la comunidad externa nacional y continental, nos parece en cambio erróneo que se los considere como simples oficinas administrativas a las que cabe publicar revistas, organizar sesiones de cine o música, exposiciones itinerantes y muchos paneles o debates.

Su misión es más delicada y el que no puedan asimilarse a escuelas o institutos docentes, no quita que reclamen condiciones especiales de funcionamiento, algunas de las cuales podrían enumerarse, para definir sus características básicas: directores ejecutivos y no consejos deliberantes, deben ocupar la cabeza de estos servicios, porque exigen una extraordinaria e incensante ejecutividad vista la variedad de planes a poner en práctica, el creciente número de personas que de ellas han de participar y el contacto permanente con la demanda del público; alta capacitación intelectual para esos directores, especialmente referida al campo de la cultura latinoamericana ya que sin ella mal podrían enfocar sensiblemente los problemas de un plan de integración, de una labor modernizadora, de un rescate del acervo tradicional; independencia de acción, libre de toda ingerencia de los poderes políticos, condición esta que reitera una cualidad de los organismos universitarios autónomos, pero que tiene relieve particular en este caso porque la difusión cultural externa se aplica a la sociedad entera y por lo tanto debe actuar

libremente a partir de las consignas universitarias, sin depender de los intereses parciales o conyunturales de la política menuda.

Ejecutividad, capacitación latinoamericanista, autonomía, son las condiciones para que opere un director de Departamento pero ni él sólo puede hacer frente a una tarea compleja ni es beneficioso que no participen los diversos estratos universitarios ya que sólo la intervención plena de ellos puede darle a la extensión cultural el brazo fuerte para penetrar en el medio social.

Por eso convendría distinguir dos planos en esta complementación de tareas, las que a su vez corresponden a los dos sectores que condicionan la actuación del Director de Extensión Universitario. Por una parte la estructura interna de distribución de trabajos, que al menos debería incluir cinco secciones: 1.—una audiovisual, consagrada a las diversas formas de la comunicación masiva y a la puesta en funcionamiento del espectáculo (cine, radio, teatro, etc.) así como al manejo de los lenguajes publicitarios del momento; 2.—otra editorial, a la que compete la publicación de revistas, boletines, bibliotecas de divulgación, series de estudios superiores, cartillas educativas y en general todos los materiales impresos que usan la palabra y la imagen; 3.—una tercera educativa para implementar cursos y cursillos a cumplir en diversos lugares del país o al nivel de la propia Universidad, así como las diversas actividades de tipo intelectual (paneles, conferencias, congresos, debates, etc. 4.—una cuarta de orden administrativo y económico, destinada a la fiscalización, en ambos aspectos, del funcionamiento de las restantes; 5.—una quinta representada por un centro de investigación, al servicio exclusivo de los planes del Departamento, capaz de un análisis de campo como de una evaluación de los manuales divulgativos, de un estudio de las más favorables formas de la cultura oral en las zonas rurales como de una estimación del uso de sistemas de experimentación musical.

El otro plano es el de la asesoría general: un consejo que recogiera las distintas corrientes de opinión, las tendencias del medio universitario. No simplemente un consejo donde profesores, estudiantes y administradores colaboren con un director ejecutivo, sino una expresión proporcional de los lineamientos que rigen al cuerpo universitario. En este sector cobra destacado interés la participación de estudiantes en la realización concreta de los sucesivos planes, tanto los correspondientes a la vida del campus universitario como los aplicables al medio externo. La intervención masiva del estudiantado proporcionaría algunos beneficios, directos unos e indirectos otros, tanto para los planes como para la formación de los alumnos. Enumeramos algunos: 1.—se canalizarían las energías estudiantiles, habitualmente orientadas hacia los asuntos sociales, hacia una tarea concreta que les permitiría cumplir con sus propósitos pero a la vez tomar contacto real con un medio que para ellos es muchas veces un esquema imaginario y al que se deben acostumbrar a evaluar según sus valores propios; 2.—se disminuiría el alejamiento existente entre el estudiantado y la sociedad, mostrándole a esta que aquel es un cuerpo juvenil puesto a su servicio e interesado en su mejoramiento, y no simplemente un sector segregado de la sociedad y colocado en situaciones de privilegio; 3.—se facilitaría la integración cultural ya que mal podemos hablar de integración de diversos países si no comenzamos por integrar las sociedades de cada uno de ellos, educando de paso en esa tarea a los que, por su mayor capacitación, han de desempeñar en el futuro papeles protagónicos en la conducción de sus países y en los eventuales planes

de asociación supranacional; 4.—se cumpliría una educación indirecta del estudiantado, no menos importante que la impartida por las aulas, al romper el sistema de dependencia y de pasividad a que se lo reduce, tornándolo un agente protagónico de la Universidad en el medio, a quien se encomienda una obra social apelando a sus conocimientos adquiridos; 5.—se enriquecería la extensión cultural y su alcance con la participación de los jóvenes, cuya sensibilidad, estilo, intereses, reforzarían el abanico de tendencias y grupos sociales a que se debe llegar.

Estas características permiten enfocar esa segunda pregunta acerca del funcionamiento divulgativo —¿por quiénes?— recomendando una participación global de los sectores universitarios, no meramente los empleados de una oficina administrativa, bajo una conducción dinámica y ejecutiva.

Por eso concluimos con esta octava tesis:

8.—EJECUTIVIDAD, CAPACITACION LATINOAMERICANISTA, AUTONOMIA, SERAN LAS CONDICIONES DE UN SERVICIO DE EXTENSION CULTURAL, EL CUAL DEBE CONTAR CON LA PARTICIPACION DE TODOS LOS ORDENES UNIVERSITARIOS, EN ESPECIAL LOS ESTUDIANTES Y LOS ASESORAMIENTOS TECNICOS MODERNOS.

Nueve.

Los institutos dedicados a la culturización del medio se han designado de diversas maneras, siendo las más frecuentes “Difusión o Extensión Universitaria”. Estos términos recogen con rigor un concepto elitista de la cultura, según el cual ella es propiedad de un grupo social educado, cuando no de una clase, que es su depositario y transmisor, ya sea a los descendientes de ese mismo círculo cerrado, ya sea al conjunto que está fuera y al cual llega como un gracioso donativo a veces teñido de eticidad.

En la experiencia habitual la difusión cultural se transforma en una rutina, que resulta intensificada por tratarse de la manera más cómoda de funcionar y que complica menos a sus autoridades: según esa rutina, quienes son dueños de la cultura la transmiten a los que no la poseen, bajo la forma de imágenes, conceptos u objetos. La idea central de transmisión de lo alto a lo bajo queda subrayada por las formas del acto en que se cumple: el teatro, la conferencia, la exposición. En cada una de estas formas distinguimos nítidamente al donante y a los agraciados por su donación, colocando al primero en un escenario, en un púlpito, colgado de los muros bajo la línea de luces, y ponemos al resto conjuntamente, como una masa indiscriminada, para que reciba el material de que se lo provea.

Tales formas de la difusión son herederas de las de la educación tradicional: remedan al maestro y sus discípulos en diversas instancias y expresiones, o sea un sistema antiquísimo de que nos ha provisto la cultura de la oralidad y también la del espacio visual uniforme del alfabeto que diría MacLuhan, y que hemos mantenido y fortalecido por el apoyo que le ha prestado durante siglos la estructura social clasista. Si bien desde el advenimiento del romanticismo este sistema ha resultado enturbiado e insatisfactorio a causa de la rebelión de los jóvenes, la sociedad sin embargo ha seguido aferrada a un sistema arcaico. Según él los mayores son sabios y por lo tanto agentes dinámicos de cultura, y el resto lo integran quienes no saben y son elementos pasivos. La comunicación se efectúa entonces en una

sola dirección. Eso fue posible mucho tiempo gracias a un arbitrario recorte de la totalidad del conocimiento que aisló de ella a un determinado campo de especialización donde se pudo artificialmente mantener la vía única de comunicación del maestro al discípulo. Pero cuando se sale de estos artificios del aula y se reconstruye la totalidad social, zozobra el principio autoritario que informa ese régimen educativo.

El sistema ha entrado a una estrepitosa quiebra en el orbe occidental; la cultura ha sido conmocionada en sus bases aparentemente firmes y no se observa aún solución nueva para reconstituir el proceso educativo y sí sólo centenares de proposiciones discordantes que están en pleno debate. Pero al menos se sabe ya qué *no* debe ser la educación: ante todo no debe ser el dictamen autoritario del “maestro”, por cuanto esto no era otra cosa que una consolidación a nivel educativo del poder y la autoridad cultural destinados a perpetuar el discipulado y a quebrar la originalidad creadora. Si dentro de la Universidad ha entrado en quiebra ese sistema, se comprende que mucho menos podrá aplicarse a la difusión extramuros, ya que esta debe abordar sectores que están bien lejos del proceso de racionalización educativa y del concomitante avance del sometimiento a los órdenes del discurso intelectual. El público al que deberá dirigirse la difusión cultural conserva una visión propia del mundo, una energía investigadora, un conjunto de valores pragmáticos, en resumen, una cultura, en la medida en que no ha sido todavía devorado por los medios de comunicación masiva, y esa cultura debe comenzar por aceptarse y no pretender una sustitución dogmática.

El sistema de caridad cultural, merced al cual los sabios distribuyen algunas migajas de cultura a los ignaros, es inviable si apostamos por una sociedad renovada, libre, soberana, rechazando la sociedad domesticada, burocrática, pasiva y disciplinada que proponen los viejos esquemas burgueses y algunos sólo aparentemente nuevos esquemas socialistas de educación. Quizás en los rasgos agraviantes de ese sistema de caridad deba buscarse la explicación de por qué las masas populares se han alejado de los mejores exponentes de arte y literatura que se les ofrecían por esos canales, prefiriendo los materiales seudoculturales de los organismos comerciales que apelaban a formas participantes y más atentas para sus peculiares invenciones, así fueran primarias o vulgares, pero reconocidas como elementos de un diálogo.

Pero además del error que vemos en el sistema educativo, hay otro que debe dilucidarse y que es una de esas piedras donde vuelve a golpear la cultura vez tras vez. Se trata del rechazo que oponen los cultos a toda otra forma de cultura que no sea la transmitida por los canales alfabetos universitarios, aceptando de las manifestaciones espontáneas del vulgo sólo el folklore porque corresponden a una reminiscencia de épocas y formas ya muertas. Su oposición es en especial a las formas distorsionadas pero reales que aparecen en los niveles inferiores, populares, de una sociedad, las cuales —apelando a los antropólogos para no hacerlo con la ya clásica teoría engelsiana de las dos culturas— corresponde a una invención original, subyacente, de distinto signo, modificada parcialmente por las expresiones de la cultura oficial que rige a las clases dominantes. En ellas se expresa un considerable grupo social, partiendo muchas veces de materiales ya fabricados a los que somete a una nueva articulación como en el “bricolage”, creando el campo propicio para el surgimiento de culturas nuevas, géneros artísticos, estilos literarios, etc.

A partir de los anteriores argumentos, se comprenderá que consideremos mal planteado el punto y que no veamos cómo se “extiende” una cultura o cómo se la “difunde” en un medio ajeno a ella, ya que la persistencia de estas formas de comunicación no harían sino proporcionarnos una igual persistencia de los sistemas de dependencia en las sociedades hispanoamericanas y la convalidación de un régimen conocido y cuyos prejuicios hoy vemos con claridad: los enclaves de factorías extranjeras que se limitan a transmitir órdenes culturales a un medio autóctono con escaso discernimiento y ninguna atención para lo que en ese medio pueda crearse, tratando de plegarlo a las imposiciones del código ajeno.

Resultaría más adecuado plantearse una co-participación cultural con los sectores que están desguarnecidos de información o necesitados de datos para sus operaciones creativas. A cambio de esos materiales de que cuenta la estructura universitaria, se intentaría una construcción en común de productos culturales, un aprovechamiento de las invenciones de que demuestra ser capaz incesantemente la sociedad. El ejemplo de la lengua es persuasivo de esta co-participación, porque en ella todos somos uno, los de la Universidad como los del villorrio perdido en la sabana y son simplemente diferentes las invenciones y la capacidad de reflexión crítica. Como alguna vez recordó Alfonso Reyes, el centurión romano tuvo más visión que Quintiliano respecto al futuro de la lengua, acertando con la modulación creativa, en buena parte porque no se sentía sujeto a ninguna regla académica ni a ningún principio de autoridad cultista.

Desde otro abordaje del problema se pueden recoger los consejos de una pedagogía moderna acerca de cuán lenta y poco eficaz es la educación pasiva donde el alumno recibe un material que muchas veces está alejado de sus preocupaciones circunstanciales, y en oposición a las ventajas de una pedagogía activa donde el estudiante participa, expone y analiza sus auténticos intereses, reclama la información que vitalmente necesita y propone él mismo enfoques, cuestionamientos, soluciones. Si así puede verse el problema en una relación bien institucionalizada como es la del profesor y alumno universitario, coronación de muchos años de domesticación en un sistema pedagógico racional, se podrá medir la dificultad que presentaría en la práctica el traslado de ese régimen arcaico a la relación de los educadores cultos de la difusión (escritores, artistas, científicos, actores) con un público nada encuadrado por hábitos intelectuales.

Por razones de tipo pedagógico —pues— y por las más importantes de una revisión de los valores y sistemas culturales de la sociedad, no puede seguir aplicándose el viejo método didascálico, reiterativo, de la relación profesor-alumno. Para encarar la difusión extrauniversitaria se necesitará implementar un modo original, moderno, de crear el interés de los grupos sociales y llamarlos a una tarea de elaboración cultural conjunta. Puede preverse que la modificación de esclerosado método vigente tendrá como primeros censores a los propios destinatarios, acondicionados al principio de recibir pasivamente el material que les ofrecen los maestros, confundiendo así acceso a la cultura con incorporación a un régimen que simplemente imita la rígida estratificación de la sociedad.

Los mismos problemas pueden percibirse en el examen de la difusión intra muros, a pesar del largo acostumbramiento de sus miembros a las formas de la conferencia y la disertación docente. Pero si es obvio que los

profesores seguirán prefiriendo para toda tarea conjunta, los seminarios o congresos donde se intercambian contribuciones "inter pares", también los estudiantes preferirán siempre una tarea personal, una participación directa, una creación. Más importante que asistir a un espectáculo de cine o de teatro será construir un espectáculo de tal tipo, aunque el resultado sea menos eficaz artísticamente; más enriquecedor que recibir conferencias será participar, así sea tumultuosamente, de centros de estudio y análisis de los problemas que les preocupan, empezando por los acontecimientos del día en la vida del país. La tarea del Departamento de Extensión será la de proporcionar lo que necesitan para ese trabajo propio, ya sea un profesor auxiliar, un libro, comodidades físicas, materiales audiovisuales.

Por último, más eficaz que un centro de estudio será una acción creativa en el medio social y debería ser el Departamento de Extensión el destinado a proporcionar los recursos para ese propósito, sirviendo los proyectos que estime fecundos para la educación del estudiantado y su ejercitación directa de la cultura.

9.—LA DIFUSION CULTURAL OBTENDRA SU MAS ALTO RENDIMIENTO —PROPICIANDO ASI LAS CONDICIONES HUMANAS DE LIBERTAD Y ORIGINALIDAD PROPIAS DE UNA SOCIEDAD FUTURA PLENA— SI SE TRANSFORMA EN UNA COPARTICIPACION CULTURAL DE LOS DIVERSOS SECTORES SOCIALES, DESARROLLANDO LAS POTENCIALIDADES CREATIVAS DE LA COMUNIDAD ENTERA.

Diez

Este aparato, estos métodos, estos destinatarios, estos productores, harán circular y desarrollar una cultura que se ha definido, en sus líneas generales, a través de las cinco tesis iniciales, y que será la obra del esfuerzo común de una sociedad, donde queden abolidos educadores y educandos y donde la Universidad se sitúe en el centro de la vida de la sociedad, como un encuentro de los habitantes. Lo que quedaría por definir sería qué materiales concretos y qué expresiones serían los más convenientes para fundamentar la cultura de la integración latinoamericana.

Los apoyos explicativos de esta cultura deberán ser buscados en la filosofía, las ciencias sociales y las letras, reconociendo por lo tanto que junto a las disciplinas que constituyeron el núcleo humanístico tradicional (filosofía y letras) se agrega una derivación moderna (las ciencias sociales) porque se constituye en el instrumento apropiado a la diagnosis del medio, a su calibramiento para una acción concertada. Esta triada quedaría situada en un mero terreno especulativo y no alcanzaría expansión considerable en sociedades que como las de los países latinoamericanos no están acostumbradas mayoritariamente a su cultivo, a pesar del extenso radio que cubren las letras, si no concurrieran también las artes visuales como mediadoras privilegiadas a completar el cuadro fundacional.

Es obvio que toda cultura abarca multiplicidad de disciplinas vinculadas entre sí, y que si encaramos proveer a los estratos sociales de sus demandas culturales primeras, no se podrán descuidar en cualquier plan de difusión, las más diversas manifestaciones: científicas o técnicas, jurídicas o biológicas, psicológicas o matemáticas. Por lo tanto ellas no son abandonables en beneficio de otras. Pero debe atenderse particularmente a esa articula-

ción de tendencias capitales que concurren a diseñar un mapa cultural interpretativo de la vida de los hombres: la cosmovisión que permite actuar sobre la realidad y construir un destino común.

Para ese fin, las ciencias sociales proveen de una explicación de lugar, composición, herencia, función de la comunidad, la filosofía, el sentido y la misión que elevan al grupo social por encima de las circunstancias y lo proyectan a una realización superior; la literatura alcanza a los miembros de la colectividad las imágenes persuasivas a través de las cuales se tocan y religan sus integrantes. A ello las artes visuales proporcionan una ampliación vertiginosa del radio de las disciplinas estrictamente intelectuales, manejando un sistema de imágenes cuyo código es frecuentemente impreciso pero abarcador de una totalidad de experiencias humanas. En torno a este núcleo, como alrededor de Aldebarán, se ordena la constelación entera de las demás actividades que componen el orbe cultural, respondiendo al curso que determine su núcleo brillante y activador de la sociedad.

No es imaginable una cultura monolítica, definida como una cartilla dogmática, a no ser en raros períodos de violenta unificación de la sociedad ante una amenaza, interna o externa, o en períodos de simplicidad de recursos extrema. Lo normal es una condición de complejidad y dinamismo, que traduce el devenir constante transformador de la sociedad, condición que se ha agudizado en nuestro tiempo porque toda Latinoamérica vive las instancias previas o los primeros pasos de una revolución que ha de cambiar sus bases, su estructura íntima, las relaciones socio-culturales de sus habitantes.

Esa nota dinámica será la que rija la cultura de la integración, arrastrando por lo tanto, por un lapso de duración imprevisible, pero probablemente extenso, numerosas contradicciones, tensiones y rupturas internas, desasosiegos e inseguridades. Este dinamismo se duplica por la creciente complejidad de la sociedad latinoamericana que suma diversos momentos de una evolución histórica, conviviendo en un mismo espacio tiempos diferentes, pero ya dentro de los órdenes de la moderna estructura industrial que determinan y rearticulan las demás partes del vasto cuerpo social.

Una cultura que es ya compleja, que ha ingresado a una dinámica transformadora, que arrastra sin embargo, un pasado remoto, que está sacudida por todo tipo de oposiciones conflictivas donde las internas remedan las externas, y que accede al momento de su eclosión coincidiendo con una violenta universalización de la totalidad civilizada, así es la base de que dispondrá el esfuerzo de integración. No puede esperarse otra cosa en una etapa crucial donde presenciamos la superposición de tres procesos, cada uno de los cuales es suficientemente importante y complicado como para merecer un trato independiente. Son ellos: el de transformación socio-económica de Latinoamérica, quebrando las relaciones de dependencia externa: el de su absorción y adaptación nacional de los sistemas de la modernidad tal como se vienen traduciendo en la urbanización violenta, la industrialización (liviana y pesada) y el desarrollo del estado centralizado; el de la integración interna de distintos países generando nuevamente las áreas culturales a que pertenecían, mediante los pactos económicos. Estos tres procesos van acompañados de proposiciones discordantes que representan los intereses enfrentados de diversos grupos sociales, pero además ese debate se proyecta sobre un trasfondo donde la confusión y la ignorancia domina

a la mayoría de los actores. Por todo esto no es sorprendente que la cultura latinoamericana del resto del siglo XX se parezca más a una erupción volcánica que a una pradera cultivada.

Esa situación previsible convoca como elemento de contrapeso y de ordenamiento, esa necesidad de una cosmovisión rectora, que establezca un derrotero y en torno al cual se ordenen las diversas maneras del conocimiento. Algunos principios culturales esenciales deben estatuirse y proponerse como norma de la aventura integradora, para que ésta pruebe su eficiencia y cumpla con los propósitos buscados, que no son los de sumar simplemente diversas costumbres, historiales artísticos y tendencias filosóficas, sino los de reunir a grandes colectividades afines en torno a líneas culturales creativas que se constituyen, para ellas, en su voluntad armónica de futuro.

De esta doctrina podremos descender luego a la multiplicidad de expresiones que prueben que esta cultura convoca un siempre renovado ejercicio de libertad, llamando a la participación de todas las disciplinas, y luego descender a las formas materiales que asuman las expresiones culturales ya que sólo en lo concreto y en lo real se puede hacer funcionar el espíritu rector. Esas formas materiales de la difusión cultural podrían enumerarse en listas detalladas que no superarían las ya conocidas y muchas veces presentadas: colecciones de folletos educativos, bibliotecas de cultura latinoamericana, centros de estudios, empresas educativas vecinales o regionales, exposiciones didácticas itinerantes, concursos y certámenes, etc. etc. Quedaríamos aprisionados en formas consolidadas que a su vez corresponden a una Universidad consolidada que a su vez es hija de una sociedad igualmente inmóvil, fija y esclerosada. Se le comprende nítidamente si se observa de dónde procede la insuficiencia de esa lista de formas de comunicación cultural.

La pretensión de la Universidad de ser el centro orientador de la cultura de un país es hoy día una mera ilusión que recoge una gran esperanza del siglo XIX y a ella se aferra como si estuviéramos aún en esa época. La Universidad actual alcanza a regir a la cultura nacional sólo en la medida en que sigue formando en sus aulas, como sedicentes profesionales, a una parte considerable de los dirigentes políticos y de los asesores técnicos de los gobiernos. Pero desde aproximadamente unos cuarenta años, exactamente desde la irrupción en el continente, por las del veinte y el treinta de los medios de comunicación de masas (cine, radio, después televisión) que resultaron contemporáneos del acelerado desarrollo del diarismo al incorporarse al mercado lector los contingentes alfabetizados por las leyes de educación común (periódicos, revistas ilustradas, revistas de historietas, etc.) la Universidad ha sido superada por esos canales en su principal misión educadora.

Quienes hoy día educan más tiempo y a más gente son la televisión, el cine, radio, las revistas ilustradas, aunque a modo de compensación, educan por menos tiempo y con mucho mayor fragilidad, en un ejercicio de cultura epidérmica, sensorial, confusa y carente de esqueleto interpretativo. La sociedad está en manos de esos agentes y ellos pertenecen a las empresas comerciales, algunas veces a organizaciones financieras y en los menos casos, excepcionales, al estado, que por lo demás nunca tiene recursos para competir con los particulares. Pero estas empresas privadas que han desplazado a la Universidad como educadora, no responden a una estructura nacional, sino que funcionan dentro de un orden de índole internacional. Quienes in-

ventaron, en los centros industriales del planeta, los medios de comunicación de masas, quienes vendieron los instrumentos técnicos para su manejo, son también quienes proveen los materiales que utilizan esos canales de comunicación, conservando de este modo la dirección central de la tarea educativa. Los centros de producción de filmes, de series televisivas, las agencias informativas de prensa, las empresas de revistas divulgativas y de historietas para niños, trabajan desde los capitales industriales para un campo universal donde América Latina cae bajo la órbita de la sección occidental de esas capitales. Son materiales envasados en origen que se remiten para que funcione la red de comunicaciones creada, dado que ésta no puede sostenerse al nivel de pequeñas nacionalidades y ya exige una participación de grandes mercados económicos para alcanzar rendimiento. Los nuevos descubrimientos tecnológicos no han hecho sino consolidar y remachar la dependencia de los instrumentos de comunicación de los países latinoamericanos (salvo la excepción cubana) respecto al centro productor norteamericano. La aparición de los satélites artificiales dedicados a transmisiones, ha permitido uniformar con mayor violencia las comunicaciones concediéndoles una falsa perspectiva planetaria (que en realidad es una perspectiva euro-norteamericana) y haciendo que América Latina toda, al mismo tiempo, reciba los mismos mensajes —expediciones lunares, combates de boxeo, misas celebradas, reuniones de mandatarios políticos, certámenes de estrellas cinematográficas— en una inmensa tarea de homogenización y de unificación cultural que sin embargo no está al servicio de la cultura latinoamericana tradicional o modernizada sino al servicio de la expansión de una pseudo cultura (dado que es fundamentalmente un producto comercial, cuando no ideológicamente bastardo) que les viene desde los Estados Unidos y que representa las perspectivas de este país.

La Universidad nada podrá hacer para fomentar una cultura latinoamericana si persiste en manejar las viejas formas de comunicación cultural que hicieron su gloria en siglos pasados, si no se plantea el abordaje de los medios de comunicación masiva dentro de una técnica ágil y moderna, por lo tanto competitiva con la de los fabricantes internacionales. Para eso es indispensable que también se logre desconectar a esos instrumentos de su dependencia a los intereses ajenos, externos, que no sólo trasladan una visión no latinoamericana de los temas mundiales, sino que frecuentemente aportan una imagen falsa y distorsionada de nuestra propia realidad: ese mexicano ladino y traicionero, sucio e ignorante, que duerme a la sombra de un cactus después de asesinar por capricho, en vez de ser una imagen de nuestro mundo lo es de los propósitos que animan a los medios masivos de comunicación al servicio de una ideología de gran nación, una ideología chovinista y despreciativa de nuestra idiosincracia y naturaleza, a la que si no se logra contener concluirá por integrar ella a la cultura de "nuestra América" que ya no podrá llamarse "latinoamericana".

Por esto concluimos con una décima tesis:

10.— LA DOCTRINA INTEGRADORA DEBE RESPONDER A UNA COSMOVISION CULTURAL LATINOAMERICANA QUE ACARREE LAS IMAGENES COMPLEJAS Y DINAMICAS DE UN CONTINENTE EN EBULLICION, UTILIZANDO A FONDO LOS MEDIOS DE COMUNICACION DE MASAS EN SEVERO ENFRENTAMIENTO CON LA INDOCTRINACION EXTERNA.